

El ginkgo y el mirlo

En un bosque al este de China se alzaban árboles de muchas especies. La mayoría eran álamos blancos, de tronco recto, hojas caedizas y carácter humilde. Una multitud de pájaros poblaban sus ramas, creando con sus revoloteos un ambiente acogedor. Solamente había un árbol que las aves evitaban. Era un ginkgo, un ejemplar de una especie antigua, muy distinta de cualquier otra, única en su clase. Era joven y frondoso, con un tronco grueso de color marrón grisáceo y textura rugosa. Sus grandes hojas tenían forma de abanico y un corte vertical que las dividía en dos lóbulos. En otoño se volvían doradas, con lo que el árbol tomaba un aspecto radiante, muy vistoso en su entorno. Pero su singularidad le había hecho orgulloso y prepotente. No permitía que ningún animal se acercase a él.

Pasaban los años y el ginkgo seguía siempre solitario, hasta que un día, mientras el sol se ocultaba en el horizonte, un mirlo se posó sobre él. Tenía el plumaje negro y brillante, y un pico amarillo que contrastaba con el resto de su cuerpo, como también lo hacían dos anillos que se cerraban alrededor de su mirada, expresiva y penetrante. El ginkgo exclamó molesto:

- ¿Quién eres tú? ¡Vete de aquí!

- Soy un pequeño pájaro exhausto de volar. Me dirijo hacia el sur, ya que pronto será invierno. ¿Por qué me echas?

- No quiero que ensucies mis hojas ni rompas mis ramas.

- Yo no te haré nada malo. Solo necesito descansar una noche. Pero, dime: ¿no te has preguntado nunca cómo llegaste aquí?

“La verdad es que no me lo había planteado”, pensó el ginkgo, sin responder.

- La semilla que te hizo crecer la trajo un pájaro –continuó el mirlo–. Sin él nunca hubieras existido.

- Quizás la transportó el viento –replicó el árbol.

- No lo creo. Vives demasiado lejos de los otros ginkgos que he visto. ¿No te das cuenta de que estás solo? Esto se debe únicamente a tu actitud. Puesto que no permites que los pájaros esparzan tus frutos, tus semillas caen en tu propia sombra, que les impide crecer.

- ¡No puedo vivir rodeado de pájaros!

- Piénsalo bien, ginkgo. Eres esclavo del amor que sientes por ti mismo. ¿Tu único anhelo es cuidar de tus hojas, que cada invierno se desprenden? Vives enraizado en la tierra. No puedes moverte. Tú posees fuerza y belleza; nosotros, libertad.

Después de estas palabras, el mirlo, agotado, se durmió. El ginkgo siguió reflexionando. Una especie tan bella y antigua como la suya no podía dejar de existir.

Al amanecer, el mirlo reemprendió su viaje. Pasados varios meses, en la primavera siguiente, volvió a sobrevolar el mismo bosque en su camino hacia el norte. Se quedó asombrado al ver varios brotes de ginkgos, acabados de nacer, cerca de su amigo. Se posó de nuevo en sus ramas, ahora repletas de gorriones, ruiseñores y tordos.

- ¿Me harías un favor?— le preguntó el árbol.

- ¿Qué más puedo hacer por ti?— respondió el mirlo.

- Busca a otros ginkgos y cuéntales que estoy aquí. Cuando regreses, tráeme noticias tuyas. Explícales que solo se sentirán libres si se dejan acompañar por quien verdaderamente lo es.